

# Cuestión de Sponsors

María Andrea González

Allá afuera se sigue corriendo. Seis a ocho pasadas de siete series de cien metros al ciento por ciento en el entrenamiento de cuesta. Cuarenta y cinco minutos de rodaje con variación de ritmo. Ocho a doce series de seis segundos de sprint a ritmo intenso, con recuperación de dos a seis minutos entre cada carrera. Les pregunta por Whatsapp a los amigos si alguien supera su marca de velocista. Julián sigue hablando en tiempos y midiéndose en números de inscripción, kilómetros y récords.

El dolor en las venas cuarteadas por la quimioterapia lo remite al dolor del calambre del músculo agarrotado de la última carrera. En su rastreo mental sigue visualizando un agujero negro entre el momento en que cruzó por última vez la línea de llegada de los diez kilómetros y el informe del laboratorio que le enviaron con inmediatez al médico al que lo derivaron con urgencia y que lo llamó más tarde con idéntica urgencia, diciendo que algo había salido mal. Los aplausos todavía le retumban adentro y se le desdibujan. Después de sucesivas sesiones, sigue leyendo el protocolo de su leucemia como si se tratara de un programa de entrenamiento. Piensa en la técnica imperfecta de la keniaata a la que admira: el movimiento de sus rodillas y su braceo defectuoso, cuestionados por periodistas deportivos tan puristas como mediocres, no niegan su calidad atlética (2h 20' 14", su mejor marca en 42 K). Julián, a los diecisiete años, sabe que la distancia y los minutos llegan solos, que el cuerpo se mueve por patrones. Y ahora se ve forzado a indagar sobre los propios y a economizar su energía: por lo pronto, seis meses de recuperación fuera de las pistas. Eso le anticipa el oncólogo, y también, que habrá que resetear.

Muy al principio, y a veces muy a escondidas, se entrena en su casa, en una cinta, para no perder masa muscular, hasta que los kilos van menguando y el vómito es incontenible. Un hematocrito pijotero, cuarenta y seis kilos (a la sombra) y la posibilidad de morir de un resfriado. Dos o tres infecciones oportunistas lo apoltronan en la realidad paralela del sofá o de la cama. Sigue, de alguna manera, midiéndose en números: número de historia clínica, de habitación, de estadísticas epidemiológicas, de glóbulos rojos, de blancos, de plaquetas, de neutrófilos (que hasta ese momento había subestimado como dato de referencia vital). En su exhaustiva recopilación numérica, aparecen el cero y el profesor de Matemática que le enseñó a pensarse en cifras. En la recta numérica, del cero hacia la izquierda los números son negativos. Él es cero. Grupo 0 Rh negativo. Difícil. Otra vez, las estadísticas flacas. Si se tratara de un videojuego, tendría poca chance de sobrevivir. Se ríe con la mandíbula apretada, masticando la risa nerviosa para adentro. Pero como no se trata de un videojuego, las chances son aún menores. Se despierta preguntando cantidad necesaria de donantes de sangre. Sangre y plaquetas. Los padres

no se despiertan porque directamente no duermen. Llaman con la desesperación en la voz y se conectan y multiplican en redes el pedido. La ciudad se mueve a velocidad de maratón mientras Julián duerme. Los números de su cuerpo suben y bajan como en una montaña rusa. El peso y el apetito y las ganas de ver a los amigos descienden en caída libre. Todavía tiene que amoldar el enojo de superhéroe enfurecido frente a los planes fraguados.

La enfermera bajita igual le dice que está lindo, y mientras busca la vena que no encuentra, y se quejan juntos del olor a sopa de hospital, le pide que le cuente de eso, de cuando empezó a correr. Allá afuera se corre rápido, le dice Julián. Las zapatillas corren rápido porque tienen cámara de aire, le responde ella. El cuerpo corre rápido; la cabeza corre, retruca él. Entonces, aparecen los padres y el médico para hablarle del trasplante; urge poner la médula a cero. Ahora que la enfermedad ha entrado en remisión y se están acercando al plazo de los seis meses, viene lo del reseteo. Harán estudios. Los vienen haciendo, aunque él no lo ha procesado aún. La cabeza de Julián, que corre como las zapatillas con cámara de aire, visualiza la esperanza en los padres incondicionales y empieza a evaluar los otros números. Y otra vez se le disparan las pulsaciones y las alarmas del miedo: uno de cada cuatro. Tiene un único hermano y alguna vez leyó que el porcentaje de histocompatibilidad es muy bajo. Pero hay chance.

Con esa chance, aunque sea mínima, viene la pregunta: ¿volverá a correr? El oncólogo lo mira y le contesta con el mismo grado de certidumbre que su entrenador antes de una carrera: que no lo sabe. El resultado se domina con precisión después de la carrera, pero durante se puede leer cierta tendencia. Y ya con la inscripción te dan camiseta. Hay de pronto un punto de inflexión en Julián, algo que aprendió alguna vez del fisioterapeuta que lo ayudó con la lesión dorsal del tobillo, y que ahora se debe a sí mismo: los primeros kilómetros se corren con las piernas; los últimos con la cabeza. No es solo por lo del running que empieza a entrenar el humor y las ganas, es porque lee los ojos de sus padres y porque la enfermera bajita le ha dicho que él está lindo y que afuera están Sara y Matías.

Las alarmas de Julián vuelven a activarse. Antes de recibirlos, pide ayuda a la enfermera bajita para perfumarse y acomodar las almohadas. No está preparado, argumenta. Menos mal que no tengo que peinarte, le dice la enfermera riendo. Con las vueltas que das y lo que íbamos a tardar en desenredar los rulos sucios que tenías

antes, a Sara se le hubiese hecho tarde y se hubiera ido sin verte. Mirá que Sara vale la pena. Se ríen los dos, porque le sacó la ficha. La enfermera sabe que el ingreso de Sara será la bisagra.

Matías, el hermano de Julián, mastica su bronca y la disimula desde que le confirmaron que su médula no es compatible. No ha tenido que pedir permiso a nadie para llevar a Sara al hospital. Los dos están desde siempre. Sara es la delegada del curso de Julián. Y además, Sara es Sara. Afuera está todo el curso con el profe de Matemática y la profe de Literatura (que vino con la excusa de reclamarle un trabajo práctico de un libro sin entregar, aunque en realidad Julián cree que vino además para encontrarse con el profe de Matemática) y una bandera enorme que cruza la calle. También hay un grupo de runners que llevan una pechera con su nombre y lo esperan para entrenar.

Sara no dice. Sara abraza. Sara es sonrisa. Sara es pausa. Sara es que todo saldrá bien. Sara es convicción. El papá de Sara ingresa en la habitación para conocer a Julián. Lo saluda de lejos y con barbijo por lo de la neutropenia. Ve en Julián a su propio hijo chiquito que se le fue rápido porque no pudo esperar el trasplante. Sara nunca ha dudado. Tal vez, justamente porque el hermano se le fue antes, no dudó. El papá de Sara se lo debe al hijo que no está y se lo debe a Sara y se lo debe a Julián que, como tantos, espera. Matías se lo debe a otros y, como no es compatible con su hermano, se anota también en el Registro de donantes de médula ósea.

Estas últimas mañanas el hospital amanece excesivamente despabilado. Entran y salen y miden y anotan. Demasiados números para retener. Hay un despliegue de médicos entusiastas desde que llamaron del laboratorio para confirmar que esta vez sí. Hay indicios de compatibilidad con uno de los donantes voluntarios. Los minutos se salen de las horas que corren. La enfermera bajita le vuelve a decir que está lindo. Julián se sacude un poco la modorra que ya le pesa en los huesos flacos y vuelve entonces a pensar en números. Le vienen pisando los talones. Está cerca de la línea de llegada. Hay que recalcular tiempos. Ajustar pronósticos y favoritos en la batalla campal de la médula. Aislado en una habitación con asepsia extrema, mientras le infunden células nuevas desde un sachet que cuelga del pie de suero, abraza en silencio a ese otro que anónimamente pensó en él sin conocerlo.

No sabe si volverá a correr con zapatillas con cámara de aire, ni si volverá a cronometrar tiempos y kilómetros, pero sí que hay otra carrera por transitar. Promete que si vuelve a correr (o si solo camina más pausado) lo hará con el nombre del donante en la remera. Y que correrán juntos. Y que si hay podio, también subirán juntos. Sara y los suyos serán siempre sus mejores sponsors.

Después, el papá de Sara pasará al rato a saludarlo de nuevo. Y se abrazará fuerte con los padres de Julián. Los ojos del papá de Sara se le quedarán tatuados también en el código genético. La enfermera bajita, casi cabeceando, le confirmará que sí, que va a funcionar. Julián pensará otra vez en operaciones matemáticas: potenciación y cálculos infinitos de combinatoria.

De eso, también, se trata la revancha: de potenciarse hasta batir récords, de ajustar estadísticas y de hallar las mejores combinaciones. A él, al más atleta, lo espera afuera otra maratón. Y lo espera Sara.

